



El sentido como necesidad

por María José Rubin

Joven y bella, dirigida por François Ozon. Con Marine Vacth, Géraldine Pailhas y Frédéric Pierrot.

Un nuevo personaje inquietante ha llegado para habitar la filmografía de François Ozon: otro ser hecho de pequeñas cotidianidades que se embarca en una empresa extraordinaria siguiendo un móvil incierto. La última película del director francés, protagonizada por Marine Vacth, sigue los encuentros sexuales de Isabelle con hombres que conoce a través de Internet a cambio de dinero. ¿Por qué esta joven de 17 años, hija de una familia acomodada, que hace unos minutos celebraba su cumpleaños durante unas idílicas vacaciones en la playa, aparece ahora oficiando de prostituta?

Las respuestas más evidentes no se hacen esperar y son rápidamente desechadas. Isabelle acumula los euros que gana sin propósito definido: el móvil no es el dinero. La estructura familiar no ha cambiado, no hay peleas ni un gran episodio dramático: su actividad no es la contracara de un trauma. "No siento nada", dice de sus encuentros amorosos: estas aventuras no le proporcionan un goce sexual diferente del "normalizado". Y la pregunta pervive.

En efecto, Isabelle es una joven ajena a extravagancias o circunstancias problemáticas manifiestas (incluso la relación con su hermano se aparta de las estereotípicas peleas fraternales que normalmente amenizan los retratos de familia). Su intimidad nos es revelada a través de una cámara que, acompañando la curiosidad de este hermano menor, se abre paso entre la vegetación costera para encontrarla desnuda en la playa, o empuja una puerta entornada para hallarla masturbándose, pero sin jamás alterarla, denunciar su presencia, ni apelar a un significado oculto. En todo momento, captura a la protagonista en un estado apático, con un rostro de expresión indefinida, sin elementos sobresalientes (¿y no es este, acaso, el ideal máximo de la juventud y la belleza de un rostro?).

La indiferencia no se sostiene solo en el semblante de Isabelle, que aun cuando llora por un recuerdo o una situación conmovedora, se mantiene incólume. En esos momentos también la banda de sonido oscila entre un tema pop anticuado y una música minimalista que parecen reservarse la opinión sobre unos planos poco dramáticos, con sutiles inclinaciones de cámara, casi siempre a distancia (los primeros planos son una rareza), capaces de guardar la compostura incluso en situaciones cliché del cine, como el ingreso a una fiesta nocturna: lejos de la habitual cámara en primera persona que se adentra en un ambiente sofocante, con jóvenes descontrolados y luces estroboscópicas, el momento es capturado desde un distante plano medio que sigue el perfil de Isabelle mientras ella camina en línea recta.

En esta misma clave la vemos no iniciarse (el origen elidido también deja en suspenso la pregunta por el móvil) sino ejercer la prostitución: con una anormal normalidad, con una tranquilidad alarmante, Isabelle se acuesta con hombres de edades diversas por la tarde y regresa a tiempo para la cena familiar de cada noche. No son las escenas de encuentros eróticos las que más desentonan con el cuadro hasta ahora edulcorado de la vida de Isabelle, sino la ausencia de cambios en su actitud mientras se mueve por escenarios en los que su presencia resulta incomprensible. La necesidad de dar un

octubre
2016



ISSN: 1853-0427

sentido a estas actividades disonantes se hace imperiosa: lo intentan la policía, el psicólogo, la madre; y van a buscar a esos lugares que ya desechamos: la necesidad de dinero, los trastornos emocionales, la perversión.

Entre tanto, se yergue ante ellos un ser arrancado de la niñez; desprovista de su inocencia con una brutal obviedad, Isabelle es ahora una amenaza, una criatura cuya sexualidad es cosa pública y motivo de preocupación. Emergen tímidamente las inseguridades de las mujeres adultas, expuestas ante esta joven bella que se les revela bajo una luz nueva, dotada de una experiencia inimaginable. Una escena podría considerarse metafórica de este proceso silencioso que la ha transformado: Isabelle camina rápidamente en el mismo sentido que una escalera mecánica. En esa máquina que se mueve por sí misma, ella se impulsa por sus propios medios y acelera el tránsito. Por el ángulo pronunciado de la cámara en esta toma (probablemente la más lejana de la sensación de normalidad que caracteriza al film) resulta confuso a primera vista si Isabelle y la escalera suben o bajan.

La necesidad de hallar un sentido echa a andar toda la estructura narrativa y mantiene viva la atención sobre la trama que, al modo habitual de la filmografía de Ozon, permanece siempre sobre las márgenes del thriller. El aguijón de un extrañamiento insinuado dota a esta última película de una atmósfera tanto más inquietante cuanto que no declara sus términos: el manto transparente de cotidianidad que cubre las rarezas logra inscribirlas en el orden de lo posible, generando una hora y media de un escalofrío apenas perceptible.

(0) Comentarios

Dejar un comentario

Nombre

Email

Comentario



Última actualización:
11-10-2016 14:55:12

buscanos en facebook!



IUNA
Instituto Universitario Nacional del Arte
Azcuénaga 1129. C1115AAG
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54.11) 5777.1300

Área Transdepartamental
de Crítica de Artes
Bartolomé Mitre 1869
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
(54.11) 4371.7160 / 4371.5252

Las apreciaciones expresadas en los artículos publicados en ArteCríticas son de entera responsabilidad de cada autor. Esta publicación online no se hace responsable de ellas.